

la historia de la persona inmortal que yace tras el efímero nombre del autor. Una máscara que oculta un abismo.

Lo religioso domina la lectura de Lou y vertebrada el orden que ha de ponerse al leer a ese inmenso monologador de aforismos que es Nietzsche. Si se prefiere: usar las ruinas para construir un edificio. Un templo, por mejor decir. En efecto, el núcleo de la meditación nietzscheana es la muerte de Dios considerada como un crimen del Hombre que ultima a su Creador para deificarse. La filosofía es expiación del deicidio, búsqueda de una resurrección, a través del genio que se une con la vida y enloquece, o el héroe que construye puentes sobre el desierto del devenir, o el superhombre que propone como futuro de la humanidad un ideal estético: convertir la vida –amoral por naturaleza– en algo moral, sustituyendo la religión por el arte.

Cultivador de un nihilismo enraizado en la vanidad humana, creyente en el valor del sufrimiento para el saber, antropólogo de la enfermedad y la convalecencia, el Nietzsche de Lou es mucho más cristiano de lo que se suele creer que fue este aparente pagano. En verdad, cultivó sus tensiones porque el lugar de la verdad es el campo de combate contra sí mismo, contra la intimidad del demonio que es el enemigo a

quien se acaba por amar. Austeridad y orgía, lucidez y locura, el espíritu que divide y la vida que une, nada falta a esta trama de tensiones tejida por un héroe que busca destruirse con la buena conciencia de la malicia que ríe en la carcajada del loco y la sonrisa del vencedor.

Lou fue una mujer con mucho de masculino, un andrógino equivalente a Nietzsche, varón que consideraba la supremacía del genio femenino, suerte de madre viril que se autofecunda, se embaraza y pare. El encuentro de estos dos fuertes hermafroditas es una de las pocas historias de amor inteligente que se conocen. Este libro es su mejor protocolo.

Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault, Yves Charles Zarka. Traducción de Tomás Onaindía. Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, 174 pp.

El profesor Zarka (filosofía política en París I) ha reunido una serie de artículos en torno a una noción supuesta: el poder. Potencia, capacidad de hacerse obedecer y de llevar lo virtual a la realidad, fuerza para exigir conductas, etc.), esta noción insiste en la historia intelectual de Occidente. Por ello, da lugar a inter-

venciones puntuales: el patriotismo en Maquiavelo, la curiosidad deseante como punto de partida de la política en Hobbes, el heroísmo en Vico y Gracián, hasta llegar a la modernidad, porque Zarka se encamina hacia la crisis de lo moderno y el advenimiento de lo que él denomina ultramodernidad.

Siguiendo a Bodin, la modernidad de Zarka se constituye a partir de la historia concebida como contingencia –no en tanto necesidad según se la entienda: natural o sobrenatural– y autoconsciencia de dicha sucesión de contingencias que apuntan a la libertad humana. De ahí sus tres pilares: el Estado-Nación, la libertad individual y el trabajo como fundamento de la cohesión social y la realización objetiva del ser humano.

Estos tres elementos axiales confirieron al hombre moderno una identidad que se ha puesto en crisis durante el tiempo actual, ultramoderno. El Estado-Nación se diluye en la globalización, el individuo pierde su pertenencia a la familia y la clase social, el trabajo ya no es el camino hacia la sociedad utópica, pues cada vez hay menos puestos de labor.

¿Qué es el Estado, entonces? ¿Un fenómeno de hecho o una concepción jurídica? La pregunta queda en el aire y el remate al lado de Foucault no aporta mayor esclarecimiento. La didáctica ex-

posición del profesor Zarka, veloz y amena, exhibe una carencia, los aportes ineludibles de Weber y Schmitt. Sin ellos, la facticidad del Estado y el derecho resultan difíciles de penetrar y nos vemos obligados a recurrir al formalismo positivista que dice que el derecho es el que es porque es válido, sin tener en cuenta la base de la validez, que es la vigencia, algo no jurídico sino sociológico.

Memorias, Hans Jonas. Edición de Christian Wiese. Traducción de Illana Giner Comín. Losada, Madrid, 2005, 471 pp.

Hans Jonas (1904-1993) mantuvo una serie de conversaciones con Rachel Salamander, que las desgrabó y les dio la forma de estas memorias, prologadas por la viuda del escritor, Lore Jonas. Alemán, discípulo de Heidegger, judío prófugo del nazismo, pionero de las colonias hebreas de Palestina, voluntario con los Aliados en la segunda guerra mundial, de nuevo en Israel y, por fin, profesor en los Estados Unidos, Hans Jonas tiene lo suyo que contar.

Tal vez la nota fuerte de estas memorias sea, dada la condición filosófica «profesional» del autor, su relación con Heidegger. Éste lo incitó a ocuparse de la historia

comparada de las religiones y Jonas se dedicó a su clásico estudio sobre la Gnosis. En efecto, una de las vertientes heideggerianas es gnóstica. La búsqueda del origen y la fusión entre vivir y saber, aparecen en el maestro y en el discípulo. Uno se adhirió al nacionalismo hitleriano y el otro, al nacionalismo judío. Jonas no era religiosamente judío sino que admitía su judaísmo como un hecho que surgía de lo más profundo de su ser. Al igual que Heidegger, acabó afiliado a una filosofía organicista de la naturaleza, de sesgo romántico, opuesta a lo que don Martín llamaba pensamiento planetario y hoy se denomina globalización.

En este punto se produce el encontronazo con su amiga y condiscípula Hannah Arendt, a propósito del juicio a Eichmann en Israel. Arendt había sido sionista contra Hitler pero luego tomó una actitud crítica ante el sionismo, que Jonas atribuía a la ignorancia. Arendt desconocía la Biblia y creía que el antisemitismo era una construcción política del siglo XVIII, inventada por el propio judaísmo. Nada había en ello de natural ni radical. El pueblo judío era un ente histórico, que devenía y podía desaparecer combinado con otros pueblos.

Con prosa vivaz y sencilla, Jonas recorre buena parte de los dramas históricos del siglo XX.

Hasta cuando se confiesa feliz como nunca al ver destruidas las ciudades alemanas y castigado el pueblo alemán por la ira de Dios, entendemos qué pasa por una inteligencia fogueada en el fragor de las batallas modernas.

El sexo y el espanto, *Pascal Quignard*. Traducción de Ana Becciu. *Minúscula*, Barcelona, 2005, 240 pp.

Filólogo erudito a la vez que escritor de varios géneros que suelen entremezclarse en su obra, Quignard nos lleva en este libro hasta el borde que separa a Grecia de Roma, cuando la angustia erótica se convierte en fascinación y la risa erótica, en el sarcasmo del ludibrio. El sexo se asocia desde entonces al espanto y este par se infiltra en el cristianismo a partir de su conversión en religión estatal romana.

El punto de partida es el hecho de que no presenciamos dos eventos fundantes de nuestra vida: la concepción y el parto. Hay una escena esencial que falta en nuestra historia. Por eso hacemos aparecer a unos padres que constituyen, justamente, esa historia. La escena puede inventarse y mitificarse pero siempre será el encuentro entre un individuo cuyo sexo es evidente y se exhibe/expone, y otro

cuyo sexo es invisible y se vela en inalcanzables lejanías.

Quignard es ameno en sus narraciones, prolijo en sus etimologías, agudo en sus aforismos, inteligente o caprichoso en sus conclusiones. Nunca se aparta de la atención del lector, al cual conduce por un poblado museo de mitos, raíces verbales, lecturas

clásicas y pinturas pompeyanas. Su campo de exploración parece pequeño por su limpia acotación, pero se refiere a una puesta en escena universal: la vida humana como el trayecto que discurre entre dos escenas que el sujeto titular de la historia no puede narrar.

B.M.

